

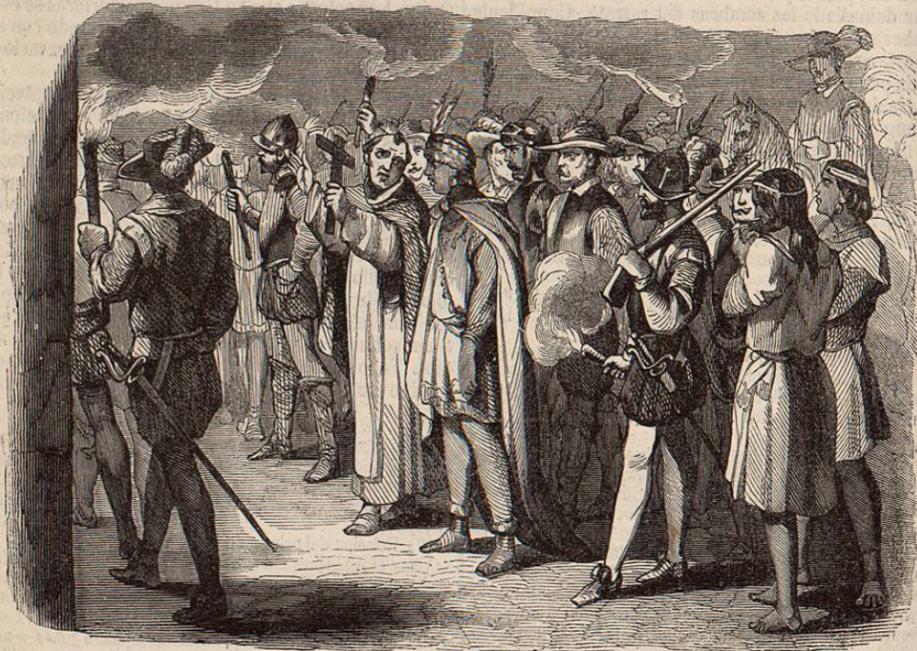
voluntad. Si era preciso formar causa al Inca, debía habersele enviado á Castilla para que le juzgase el emperador; yo mismo me hubiera comprometido á trasladarle con toda seguridad á bordo de un bajel (1). Pizarro confesó que se había precipitado sobradamente, y dijo que Riquelme, Valverde y otros le habían engañado. Estas acusaciones llegaron en breve á oídos del tesorero y del dominico, los cuales á su vez se disculparon y reconviniéron á Pizarro por el hecho, descargando sobre él toda la responsabilidad. Acaloróse la disputa y hubo *mentis* por ambas partes (2). Esta vulgar contienda entre los gefes cuando tan poco tiempo había pasado desde la muerte de Atahualpa, es el mejor comentario de la iniquidad de aquellos y de la inocencia del Inca.

El tratamiento que recibió Atahualpa desde el principio hasta el fin, forma en efecto, una de las mas negras páginas en la historia de las colonias españolas. Pueden haberse cometido homicidios en mas estensa escala; puede haber habido ejecuciones con circunstancias de mas refinada crueldad; pero los sangrientos anales de la conquista no presentan un ejemplo semejante de fria y sistemática persecucion, dirigida no contra un enemigo, sino contra un hombre que constantemente se había manifestado amigo y bienhechor.

Desde el momento en que Pizarro y sus soldados habían entrado en la esfera de la influencia de Atahualpa, habíanles tendido los indios una mano amis-

ta. Sin embargo, su primer acto al cruzar las montañas fue apoderarse del monarca y matar á sus vasallos. La captura del Inca podía encontrar justificación para los que creen que el fin justifica los medios en la consideracion de que era indispensable para asegurar el triunfo de la cruz; pero no puede disculparse del mismo modo la matanza, tan innecesaria como inicua, de la desdichada é inerme poblacion.

Los conquistadores habían aprovechado la larga prision del Inca para sacarle sus tesoros, sujetándole para que mas soltase á la dura opresion que sabe inventar la avaricia. Por el contrario, el Inca durante este funesto periodo se había portado con singular generosidad y buena fé; había franqueado el paso á los españoles por todos los puntos de su imperio, suministrándoles toda clase de medios para facilitar la ejecucion de sus planes. Cuando estos se vieron cumplidos y cuando Atahualpa llegó á servirles de estorbo, á pesar de que habían prometido espresá ó implícitamente darle libertad (y Pizarro, como hemos visto, por medio de un acto formal eximió á su cautivo de toda obligacion ulterior respecto al rescate) le arrastraron delante de un burlesco tribunal, y bajo pretextos tan bajos como frívolos, le condenaron á una horrible muerte. Desde el principio hasta el fin, la política de los conquistadores españoles para con su desdichada victima lleva el sello de la barbarie y del fraude.



Muerte del Inca Atahualpa.

No es fácil descargar á Pizarro de cierto grado de responsabilidad en esta política. Sus partidarios han procurado demostrar que le obligó á usarla la necesidad del caso, y que especialmente en la muerte del Inca accedió con repugnancia á las importunidades y exigencias de sus secuaces (3). Pero como esta dis-

(1) *Ibid.*, MS., ubi supra.—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.—*Apéndice* núm. 10.

(2) Oviedo da noticia de este hecho notable, no en el cuerpo de su narracion, sino en uno de los capítulos supletorios en que trata gran diversidad de puntos, algunos de ellos importantes para aclarar los grandes hechos de esta historia. Como conocia familiarmente á los principales actores en estas escenas,

culpa se apoya en tan débiles fundamentos, el historiador que tenga medios de comparar los diversos testimonios de aquel tiempo no podrá admitirla; an-

los testimonios que recogió, algunas veces á ciegas, son de grande autoridad. En el *Apéndice* núm. 10 encontrará el lector la narracion de la muerte del Inca hecha por Oviedo y sacada del original, con otras noticias relativas á aquella catástrofe.

(3) «Contra su voluntad sentenció á muerte á Atabalipa.» (Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.) «Contra voluntad de dicho gobernador.» (Relacion del primer descub., MS.) «Aunora che molto li dispiacese di venir a questo atto.» (Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol. 399.) Oviedo tam-

tes bien creerá que Pizarro consideró probablemente la desaparicion de Atahualpa como esencial para el éxito de su empresa. Pizarro sin duda previó el odio que la muerte de su regio cautivo sin suficientes motivos le atraeria; y mientras se esforzó en hallar fundamentos para ella, rehuyó la responsabilidad del hecho y prefirió cometerlo obedeciendo á las sugestiones de otros, á perpetrarlo siguiendo su propio impulso. Imitando la conducta de muchos políticos sin conciencia, quiso recoger los beneficios de una mala accion y hacer recaer el odio sobre otros.

Almagro y los suyos, dicen los secretarios de Pizarro, fueron los primeros en pedir la muerte del Inca. Apoyaron fuertemente su pretension el tesorero y los empleados civiles que la consideraban indispensable á los intereses de la corona; y finalmente los rumores de conspiracion suscitaron las mismas reclamaciones entre los soldados; y Pizarro, á pesar del afecto que le inspiraba su cautivo, no pudo negarse á someterle á un juicio. Las formas de un juicio eran necesarias para dar cierta apariencia de imparcialidad á los procedimientos; pero que el juicio fue de pura forma, lo prueba hasta la evidencia la indecorosa precipitacion con que se celebró, verificán-

dose en el mismo dia el exámen de los testigos, la vista y la ejecucion de la sentencia. La multiplicidad de cargos destinados á demostrar completamente el crimen del acusado, no podia por sí mismo sino producir el efecto contrario, probando únicamente la resuelta intencion de hallar delito en él. Si Pizarro hubiera experimentado la repugnancia que se pretende ¿por qué separó del campo á Soto, el mejor amigo de Atahualpa, precisamente cuando se iba á organizar el tribunal? ¿Por qué se ejecutó la sentencia en tan breve tiempo sin dar lugar á que con la vuelta de Soto se desvaneciese el principal cargo, el único en realidad en que estaban interesados los españoles? La solemne farsa del luto y del profundo dolor aparentado por Pizarro, que con tales honores al muerto queria dar á entender el sincero afecto que le había profesado cuando vivo, era un velo demasiado claro para que pudiese engañar ni aun á los mas crédulos.

No se dirigen estas reflexiones á disculpar al resto del ejército, y especialmente á los oficiales, de la parte que tuvieron en aquel acto infame. Pero Pizarro como gefe era el principal responsable de aquellas medidas, no siendo hombre que se dejase arrebatar



la autoridad de las manos, ni que cediese tímidamente al impulso de los demas. No cedia ni aun al suyo propio, y en toda su carrera mostró que ya en bien, ya en mal, obraba siguiendo las reglas de una política fria y calculadora.

Refiérese por muchos una anécdota que atribuye la conducta de Pizarro en cierto modo á un resentimiento personal. Dicese que el Inca había pedido á uno de los soldados españoles que le escribiese el nombre de Dios en la uña. El monarca enseñó sucesivamente á varios de sus guardias lo que tenía escrito y como todos lo leyesen y pronunciasen la misma palabra, el sagaz entendimiento del bárbaro quedó muy complacido con aquello que le parecía poco menos que milagroso, y á que la ciencia de su nacion no alcanzaba. Al mostrárselo á Pizarro, este guardó sí-

lencio; y el Inca viendo que no sabía leer concibió cierto desprecio hácia un gefe que le parecia menos instruido que sus soldados. No pudo ocultar completamente este desprecio, y Pizarro sabedor de la causa, ni lo olvidó ni lo perdonó (1). Esta anécdota no se apoya en una grande autoridad. Puede ser cierta; pero no es necesario atribuir la conducta de Pizarro á un pique personal cuando tantas pruebas hay de que fue efecto de tenebrosos cálculos de política.

Sin embargo, los artificios del gefe español no pudieron reconciliar á sus compatriotas con la atrocidad del hecho. Es notable la diferencia que se observa entre el lenguaje de los primeros cronistas que escribieron poco tiempo despues de la muerte del Inca, y el de los que habiendo escrito al cabo de algunos años tuvieron ocasion de observar la tendencia de la opi-

bien se inclina á admitir como posible que Pizarro fuese engañado. «Que tambien se puede creer era engañado.» *Hist. de las Ind.*, MS., parte III, lib. VIII, cap. XXII.

(1) «Hállase esta anécdota en Garcilasso de la Vega. (Comentario Real, parte II, cap. XXXVIII.) Pero que yo sepa á ningun otro escritor de aquel tiempo la refiere.

nion pública. Los primeros declaran osadamente que la conveniencia, sino necesidad, había exigido aquella muerte, y censuran en términos nada mesurados, el carácter de la desgraciada víctima (1). Los últimos, por otra parte, al paso que atenúan los errores del Inca y hacen justicia á su buena fé, condenan sin reserva la conducta de los conquistadores, sobre la cual dicen que el cielo puso el sello de su reprobacion haciendo que todos ellos tuviesen un fin temprano y miserable (2). La sentencia de los contemporáneos ha sido ratificada por la posteridad (3); y la persecucion de Atahualpa es considerada con justicia como una mancha indeleble sobre las armas españolas en el Nuevo Mundo.

## CAPITULO VIII.

Desórdenes en el Perú.—Viaje al Cuzco.—Encuentro con los peruanos.—Chalcuchima muere en las llamas.—Llegada al Cuzco.—Descripcion de la ciudad.—Riquezas que se encontraron.

1533—1534.

El Inca del Perú era el soberano de aquel imperio en un sentido particular. Recibia de sus vasallos una obediencia mas implicita que ningun otro déspota; porque su autoridad alcanzaba hasta lo mas secreto de la conducta individual, hasta los pensamientos del individuo. Era reverenciado como un ser sobrehumano (4). No solamente era cabeza del Estado, sino tambien el punto donde se concentraban todas sus instituciones y la piedra fundamental de la fábrica política que debía arruinarse por su propio peso cuando esta faltara. Así sucedió en la muerte de Atahualpa (5), con la cual, no solo quedó el trono va-

(1) Ya he referido los insultantes epítetos con que habla Xerez de la crueldad del Inca. Esta narracion fue impresa en España en 1534, un año despues de la ejecucion. «El soberbio tirano, dice el otro secretario Sancho, hubiera pagado las bondades y buen tratamiento que recibió del gobernador y de todos nosotros con la misma moneda en que sabia pagar á sus propios súbditos sin falta alguna de su parte, esto es, haciéndoles dar muerte.» (Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, t. III, fol. 599.) «Merecia morir, dice el antiguo conquistador español antes citado, y todo el país se regocijó al saber que le habíamos quitado de en medio.» Rel. d'un capitano spagnuolo, ap. Ramusio, tomo III, fol. 377.

(2) «Las demostraciones que despues se vieron bien, manifiestan lo muy injusta que fue... puesto que todos cuantos entendieron en ella tuvieron despues muy desastradas muertes.» (Naharro, Relacion sumaria, MS.) Gomara usa de un lenguaje casi idéntico. «No aí que reprehender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron despues; ca todos ellos acabaron mal.» (Hist. de las Ind., cap. CXVIII.) Segun el primero de estos escritores, Felipillo pagó sus crímenes poco tiempo despues, siendo ahorcado por orden de Almagro en la expedicion á Chile, donde, como algunos dicen, «confesó haber variado el sentido de las declaraciones, suponiendo que eran contra Atahualpa las que se dirigian á manifestar su inocencia.» Oviedo, generalmente dispuesto á escusar los excesos de sus compatriotas, condena tambien su conducta en la muerte del Inca (véase el Apéndice núm. 10), muerte que, dice otro contemporáneo, «llena de compasion á todo el que tiene una chispa de humanidad en su pecho.» Conquista i Pob. del Pirú, MS.

(3) De esto da el mas eminente ejemplo Quintana en su vida de Pizarro (Españoles célebres, tomo II), en la cual el escritor elevándose sobre las nieblas de las preocupaciones nacionales que á menudo ofuscan la vista de sus compatriotas, sostiene con mano imparcial la balanza de la critica histórica, y condena decididamente la conducta de los autores de aquellas escenas funestas.

(4) Tal era el respetuoso temor que se tenia al Inca, dice Pizarro, que no necesitaba sino mandarlo para que un peruano se lanzase á un precipicio, se ahorcase ó pusiese fin á su vida del modo que se lo mandara. Descub. y Conq., MS.

(5) Oviedo nos dice que el verdadero nombre del Inca era *Atabaliva*, y que los españoles le pronunciaban mal, porque se cuidaban mas de apoderarse de los tesoros que de saber el nombre de su propietario. (Hist. de las Indias, MS., parte III,

cante sin sucesor cierto, sino que se dió á entender á los peruanos, que una mano mas fuerte que la de sus Incas había empuñado el cetro, y que la dinastía de los hijos del Sol había desaparecido para siempre.

Siguiéron á esta conviccion sus naturales consecuencias. Alteróse el órden admirable de las antiguas instituciones tan luego como desapareció la autoridad que las protegía y vigilaba. Los indios, rotos los frenos poderosos que hasta entonces los habian sujetado, se entregaron á los mayores excesos. Hubo pueblos quemados, templos y palacios saqueados y los tesoros que contenian fueron robados ó ocultados. El oro y la plata adquirieron importancia á los ojos de los peruanos luego que estos vieron la que tenian á los ojos de sus conquistadores; y los metales preciosos que antes no servian sino para objetos de pompa y ostentacion ó para el adorno de los templos, fueron recogidos y enterrados en las cuevas y en los bosques, de tal modo, que se afirma que lo escondido escedió en mucho á lo que cayó en manos de los españoles (6). Las provincias remotas del imperio sacudieron el yugo de los Incas. Sus grandes capitanes á la cabeza de distantes ejércitos se alzaron con ellas. Ruminavi, gefe que mandaba en las fronteras de Quito, intentó segregar aquel reino del imperio peruano, y restablecer su antigua independencia. En una palabra, el país se hallaba en ese estado en que lo antiguo va desapareciendo sin que el nuevo órden de cosas haya podido establecerse todavía, es decir, en un estado de revolucion.

Los autores de la revolucion, Pizarro y su gente, permanecian entre tanto en Caxamalca. Pero el primer paso del gefe español fue nombrar sucesor á Atahualpa; pues era mas fácil gobernar á nombre de la autoridad venerada á que tan acostumbrados estaban los indios, y no era difícil encontrar un sucesor á aquel soberano. El legítimo heredero de la corona era un hijo segundo de Huayna Capac llamado Marco, hermano carnal del desgraciado Huascar. Pero Pizarro no sabia en qué disposicion se hallaba este príncipe respecto á los españoles, y por consiguiente no tuvo escrúpulo en preferir á él un hermano de Atahualpa y presentarle á los nobles indios como su futuro Inca. Ninguna noticia tenemos acerca del carácter del joven Toparca, que probablemente se resignó sin repugnancia á un destino, que aunque humillante bajo ciertos puntos de vista, era mas elevado del que podia esperar en el órden natural de los sucesos. Observáronse en cuanto lo permitian las circunstancias, las ceremonias ordinarias de la coronacion que se usaban en el Perú; el joven Inca vió ceñidas sus sienes con la borla imperial por la mano de su conquistador, y recibió el homenaje de sus vasallos peruanos, los cuales se le tributaron con tanta menor repugnancia, cuanto que la mayor parte de los que se hallaban en el campamento pertenecian á la facción de Quito. Dirigieron despues todos ansiosamente sus pensamientos al Cuzco, del cual circulaban las mas sorprendentes noticias entre los soldados, así como de sus templos y palacios reales que se decia resplandecian con oro y plata. Con la imaginacion así exal-

lib. VIII, cap. XVI.) Sin embargo, he preferido seguir la autoridad de Garcilasso que, como peruano y cercano pariente del Inca, debía de estar mejor informado. «Mis compatriotas, dice, pretendian que los gallos que los españoles llevaron al Perú cuando cantaban pronunciaban el nombre de Atahualpa, y yo y otros muchachos indios cuando íbamos á la escuela nos entreteníamos en remedarlos.» Com. Real, parte I, lib. IX, cap. XXIII.

(6) «Que lo que el Inca dió á los españoles, dijo uno de los nobles indios, Abenalcázar, conquistador de Quito, era como un grano de maiz comparado con los montones que tenia delante.» (Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. XXII.) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS., Relacion del primer descub., MS.

tada, Pizarro y toda su tropa, que se componia de cerca de quinientos hombres, de los cuales como una tercera parte eran de caballería, salieron á principios de setiembre de Caxamalca, lugar para siempre memorable por haber sido teatro de una de las mas extrañas y sanguinarias escenas que recuerda la historia. Todas iban con grande entusiasmo, los de Pizarro con la esperanza de doblar sus riquezas y los de Almagro con la de adquirir otras tantas como habian adquirido los primeros conquistadores (1). El joven Inca y el antiguo gefe Chalcuchima les acompañaron en sus literas servidos por numeroso séquito de vasallos, y caminando con tanta ostentacion y ceremonia como si se hallaran en verdadera posesion del poder (2).

Tomaron el gran camino de los Incas que se extendia entre las elevadas regiones de las cordilleras hasta el Cuzco. Era este un camino casi uniforme aunque construido en unas partes con mas y en otras con menos cuidado segun la naturaleza del terreno (3). Unas veces cruzaba llanos y halagüeños valles que ofrecian pocos obstáculos al viajero; otras seguia el curso de un torrente que descendia de una montaña é iba á estrellarse en la base de alguna enorme roca dejando un pequeño espacio donde podia fijarse el pie; otras en fin donde la sierra era tan fragosa que parecia imposible pasar adelante, el camino, acomodado á las sinuosidades naturales del terreno, iba costeano las eminencias que hubiera sido imposible subir en línea recta (4).

Pero aunque construida con gran destreza presentaba graves obstáculos al paso de la caballería. En la montaña habia abiertos escalones; pero las puntas de roca lastimaban los cascos de los caballos; y aunque los ginetes se apeaban y les llevaban por la brida, padecian mucho en los esfuerzos que hacian para apoyar los pies (5). El camino estaba construido para el hombre y para el ligero pie del llama; y el único animal de carga que mas fácilmente podia pasar por él era la sagaz y segura mula, de que los españoles no se habian aun provisto. Por una singular casualidad la España era el país que producía mayor número de mulas; y así en breve se proveyeron los conquistadores de los animales que parecen haber sido criados para atravesar los pasos dificultosos de las cordilleras.

Otro obstáculo de los que á menudo se les presentaban eran los torrentes profundos que furiosos se precipitaban de los Andes. Sobre estos torrentes habia puentes colgantes de mimbre, frágil material que, al cabo de tiempo, roto por los pesados pies de la caballería, aumentó con los agujeros que en él se hicieron los peligros y dificultades del paso. En tales ocasiones los españoles continuaban su camino atravesando los rios en balsas y llevando á los caballos á nado por la brida (6).

En toda la estension del camino hallaron establecidas casas de posta á distancias regulares para albergar á los correos del gobierno; y almacenes de

(1) Los primeros conquistadores, segun Garcilasso, fueron muy honrados y respetados por los que llegaron despues, aunque en general eran hombres de menos consideracion y fortuna que estos últimos. Com. Real, parte I, lib. VII, capítulo IX.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol. 400.

(3) «Va todo el camino de una traza y anchura hecho á mano.» Relacion del primer descub., MS.

(4) «En muchas partes viendo lo que está delante parece cosa imposible poderlo pasar.» Relacion del primer descubrimiento, MS.

(5) Pedro Sancho, Relacion, ap. Ramusio, tomo III, folio 404.

(6) Ibid., ubi supra.—Relacion del primer descubrimiento MS.

granos y otros artículos en las principales ciudades, destinados para los ejércitos indios. Así los españoles se aprovecharon de la prudente prevision del gobierno peruano.

Despues de haber atravesado varias poblaciones pequeñas y otras de alguna nota de las cuales las principales eran Guamachucho y Guanuco, Pizarro y su gente al cabo de algun tiempo de fatigosa marcha llegaron á la vista del rico valle de Xauxa. La marcha aunque incómoda no les habia hecho padecer demasiado, excepto al cruzar las erizadas cuestas de las cordilleras que obstruian el camino, asperezas que hacian resaltar la hermosura de los valles engastados como perlas en aquella elevada region. Al pasar la montaña les incomodó bastante el frio; pues para que la marcha fuese mas rápida se habian dejado atras todo el bagaje supérfluo y no llevaban consigo ni aun tiendas (7). Los frios vientos de las montañas penetraban el espeso arnés de los soldados; pero los pobres indios, vestidos mas ligeramente y acostumbrados al clima de los trópicos padecieron mucho. El español parecia tener cierta osadía de cuerpo como la que tenia de alma, que le hacia casi no sentir los rigores del clima.

No les molestaron enemigos en su marcha; pero mas de una vez encontraron vestigios de ellos en pueblecitos inmediatos y en arruinados puentes. De cuando en cuando habian llegado á oídos de Pizarro rumores relativos á guerreros que le seguian las huellas; de cuando en cuando tambien se habian visto pequeñas tropas de indios como oscuras nubes al extremo del horizonte, que se desvanecian al acercarse los españoles; sin embargo, al llegar á Xauxa estas nubes se reunieron formando una negra masa de guerreros en la opuesta orilla del rio que atravesaba el valle.

Adelantáronse los españoles hácia el rio que aumentado con las nieves era entonces de considerable anchura, aunque no muy profundo. El puente habia sido destruido; pero los conquistadores sin vacilar se arrojaron resueltamente al agua y nadando y vadeando como mejor pudieron llegaron á la orilla opuesta. Desconcertados los indios con este movimiento que no habian previsto, pues fiaban en la defensa que les ofrecia el rio, tomaron la fuga despues de haber hecho un impotente disparo de sus armas arrojadizas. El miedo dió alas á los fugitivos; pero el caballo y su ginete eran mas ligeros y los vencedores tomaron sangrienta venganza de sus enemigos por haberse atrevido aun á pensar en la resistencia.

Xauxa era una ciudad muy considerable de la cual ya hemos dado noticia al hablar de la visita que la hizo Hernando Pizarro. Estaba situada en medio de un verde valle fertilizado por mil pequeños arroyuelos que el industrioso agricultor indio hacia salir del gran rio que atravesaba mansamente los prados. En ella habia varios edificios grandes de piedra tosca y un templo de alguna nota en tiempo de los Incas. Pero el fuerte brazo del padre Valverde y de sus compatriotas derribó en breve los idólos de su elevado puesto y puso en su lugar las imágenes de la Virgen y del niño.

En Xauxa se propuso Pizarro hacer alto por algunos dias y fundar una colonia española. Creia favorable la posicion para tener en jaque á los indios de la montaña y para establecer al mismo tiempo fáciles comunicaciones con la costa. Entre tanto determinó enviar adelante á Soto con un destacamento de sesenta caballos para reconocer el país y recomponer los puentes destruidos por el enemigo (8).

(7) «La notte dormirono tutti in quella campagna, senza coperto alcuno, sopra la neve ne pur hebber souvenimento di legne ne da mangiare.» Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol 401.

(8) Carta de la justicia y regimiento de la ciudad de Xauxa,